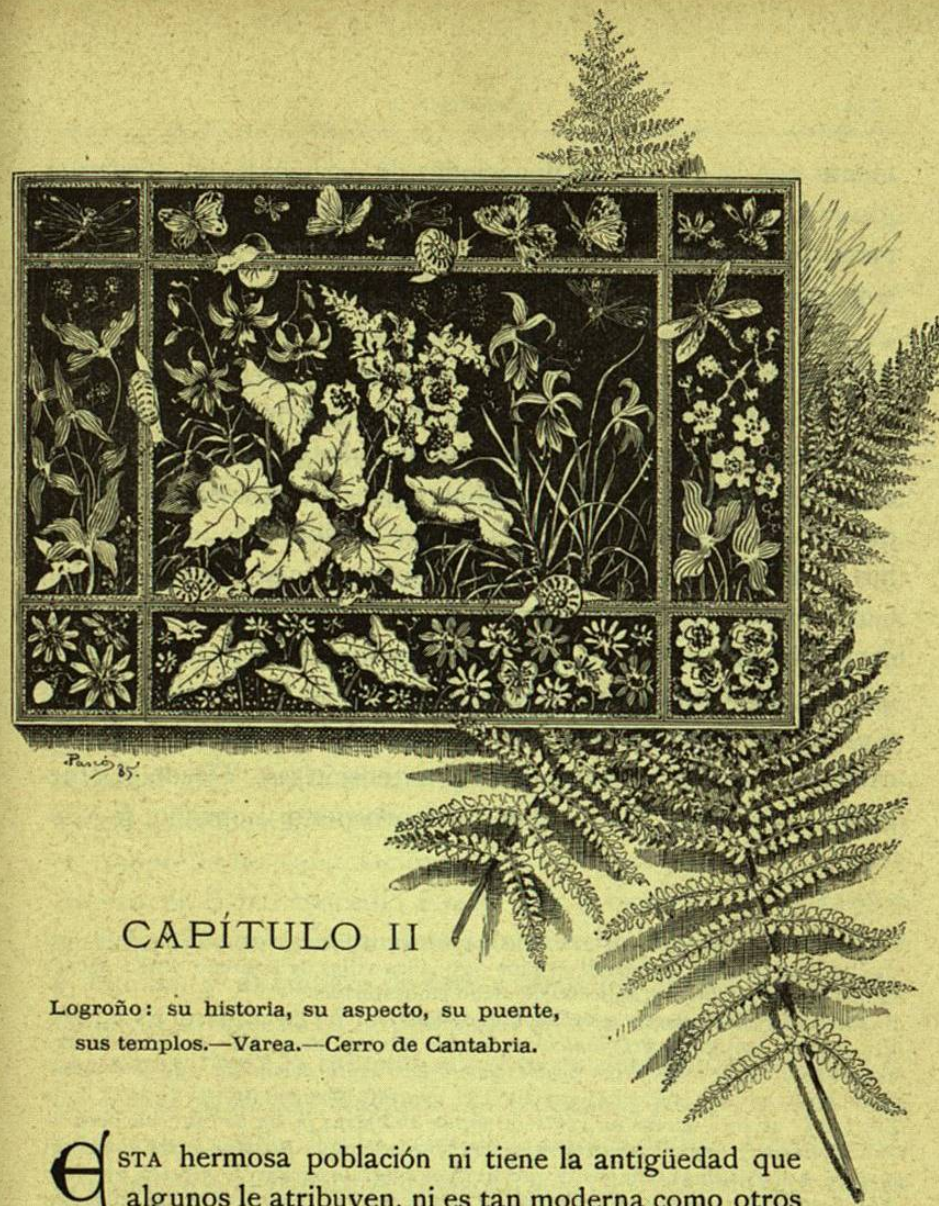


ni de ellas tomamos pie para ensartar reflexiones sobre la riqueza agrícola de la comarca; las miramos como ricos pabellones de púrpura con que se engalanan no para un día solemne, sino por toda una estación, las viviendas de los habitantes. En las lindas serranas de Torrecilla no estudiamos lo que á la ciencia etnográfica interesa por la parte que puede tocarles en la perpetuación del tipo de los Pelendones, ni lo que á la economía política afecta el abandono en que las dejan los mozos cameranos, harto propensos á expatriarse para venir á Madrid á llevar los libros de caja y vender figurillas de porcelana y bronce en los grandes almacenes de quincalla; sólo vemos en ellas la poética figura de la doncellita que, mientras el mozo que la prometió eterna fe en el baile de la romería, se pasa los años ausente ahorrando ochavos para poderse presentar algún día á reclamar su mano, sube todo los domingos con su anciana madre á la ermita de Tomalos á encomendar á la Virgen la protección de su amado contra las asechanzas de las estragadas Mesalinas de la corte.

Arte buscamos, no ciencia: penetramos en el santuario de la diosa para contemplar y admirar su belleza, no para hacer la anatomía de su divina forma corpórea y poner á la luz del sol sus músculos, sus huesos, sus tendones, sus fibras y sus venas.



CAPÍTULO II

Logroño: su historia, su aspecto, su puente, sus templos.—Varea.—Cerro de Cantabria.

ESTA hermosa población ni tiene la antigüedad que algunos le atribuyen, ni es tan moderna como otros suponen: entienden los más juiciosos críticos que Logroño empezó á existir después de arruinados los dos antiguos pueblos de Varia y Cantabria. Luego veremos lo que éstos fueron.

Que la ciudad que nos disponemos á visitar sea obra de los reyes de Navarra, como sintió Garibay, ó que sucediera á una antigua población llamada Cantabria, como supuso Risco, es lo cierto que, si no es todo ficción en los becerros gótico y galicano de San Millán de la Cogolla, la villa de Logroño suena junta-

mente con la de Asa en donaciones de principios del décimo siglo (1); como también es constante que hay en Simancas documentos de los años 1056, 1064, y 1073 en que esta villa figura con los nombres de *Lucronio* y *Logruño* (2).

Por la muerte desgraciada de D. Sancho el de Peñalén, acaecida en el año 1076, habiéndose apoderado del reino de Nájera don Alfonso VI de Castilla, deseoso de granjearse las voluntades según el consejo que le habían dado los grandes de su reino, conservó sus fueros á los habitantes del país recientemente conquistado, porque eran gente dura y terrible (3); y no sólo lo hizo así, sino que más adelante, después que los condes don García y D.^a Urraca, mejoraron la población de Logroño, dió á esta población, en 1095, el famoso Fuero que lleva su nombre, y que, no menos insigne y celebrado que el de Sepúlveda, si breve y escaso de leyes civiles y criminales, es el cuerpo legal que alcanzó en Castilla más autoridad y extensión (4). Desde el otorgamiento de este Fuero comenzó á prosperar Logroño, favore-

(1) LLORENTE, *Notic. hist. de las tres prov. vasc.* En las notas á la Escrit. 81 del Apénd., se cita una donación del año 926, á las villas de Logroño y Asa, sacada de los Becerros gótico y galicano de dicho monasterio.

(2) *Colec. de documentos del Arch. de Simancas*, t. 6.º En una escritura, n.º 229, firma como testigo *judicio judicante Domino Martino, dominator in Lucronio*, Era 1094; en otra, n.º 238, firma *Senior Gomiz Zorraquin dominator Logruño testis*, Era 1102; en otra, n.º 214, que lleva el epígrafe *Commutatio in Alesson*, de la Era 1111, se lee: *accepi ex vobis in mutua alia pieza in via de Lucronio devante Sancti Michael*; finalmente en otra, n.º 253, que aunque no tiene fecha puede reducirse á los mismos tiempos, y que lleva el epígrafe *Sernas de Albelda*, se dice: *alia pieza justa rigo de Sancti Martini, et una de mercato Lucronio*, y más adelante: *Duas piezas petrosas in via de Lucronio*. Véase á Govantes, *Diccionario geogr. hist. de Esp. Sección II*, art. LOGROÑO.

(3) Palabras de la escritura del año 1076 del libro *becerro de San Millán* que cita Sandoval.

(4) D. Sancho el Sabio de Navarra dió este fuero á la villa de Vitoria en 1181. El fuero de Logroño y de Vitoria se debe en cierto modo reputar por cuaderno legislativo general de las villas y lugares de La Rioja y Provincias Vascongadas. Este de Logroño fué dado á Santo Domingo de la Calzada, Castrourdiales, Laredo, Salvatierra de Álava, Medina de Pomar, Frías, Miranda de Ebro, Santa Gadea, Berantevilla, Clavijo, Treviño, Peñacerrada, Santa Cruz de Campezu, La Bastida y Placencia de Guipúzcoa. D. Diego López de Haro, fundador de Bilbao en 1300, le dió el mismo fuero de Logroño.

cido con unas leyes tan amplias y racionales, y no poco cooperaba á su crecimiento su excelente situación, la hermosura y feracidad de su suelo abundante en riegos, y la limpidez de su cielo, atractivo muy principal para toda población.—Mientras vivió el rey D. Alfonso, gozó ésta, como toda la monarquía, de su sabio y feliz gobierno, y uno de los grandes beneficios que le debió fué el situar en ella el arranque de una serie de puentes con que hizo más expedito y cómodo el camino que conducía de la Rioja á Santiago de Compostela (1). Las vicisitudes por que pasó, no sólo Logroño sino toda la comarca, después de su fallecimiento, quedan indicadas (2): el rey D. Sancho *el Sabio* de Navarra invadió al frente de sus ejércitos la Rioja, y aunque mal parado en Valpierre, cerca de Briones, por el rudo choque que recibió del Conde de la Minerva, velozmente rehecho, se apoderó de Logroño, Entrena y otros pueblos, y tuvo constantemente en jaque el poder de Castilla en la ribera derecha del Ebro hasta la renuncia solemnemente estipulada en 1179 con D. Alfonso VIII en el campo de las capitulaciones, entre Nájera y Logroño.—Don Alonso el Sabio concedió á esta villa la exención de portazgos en todo el reino, exceptuando solamente los de Sevilla, Toledo y Murcia, y al amparo de éste y otros privilegios fué desarrollándose la riqueza en la población de una manera considerable, hasta que llegó la calamitosa época en que, bajo el reinado de Carlos *el Malo* de Navarra, se renovaron las guerras de este reino con Castilla. Te he referido la proeza de Ruy Díaz Gaona, que defendió el puente de Logroño sólo con tres soldados contra todo el ejército navarro; y otra acción menos gloriosa de que fué teatro el mismo puente, mediante la felonía del adelantado don Pedro Manrique, en quien llegó á proporciones épicas la máxima, dominante en la política y en el arte militar del siglo XIV,

(1) *Ad hoc autem ne ulla tempora vitæ ipsius vacarent à bonis operibus, studuit facere omnes pontes qui sunt à Lucronio usque ad Sanctum Iacobum: dice Pelagio Ovetense.*

(2) En el cap. precedente.

de que todos los medios son buenos cuando se logra el fin. Recorramos brevemente la historia de Logroño desde el siglo xv.

En 1410 celebró en ella sínodo el obispo de Calahorra don Diego de Zúñiga, y en tiempo de este prelado mandó el papa Eugenio IV que se trasladase la Colegiata de Albelda á la iglesia de Santa María la Redonda de Logroño, lo cual se verificó en 1435. Hacia la misma época, el rey D. Juan II la concedió el título de *muy noble y muy leal ciudad*, y voto en cortes, que no conservó.

En tiempo de Enrique IV volvieron á apoderarse de Logroño los navarros; pero este rey, acompañado del maestre de Calatrava D. Pedro Girón, la recuperó, tomando el castellano á Losarcos, La Guardia y San Vicente.—Otro recuerdo histórico glorioso conserva, que celebra en el día de San Bernabé. Combatida la ciudad desde el 25 de Mayo de 1521 por el ejército francés que mandaba Andrés de Foix, Señor de Asparrot, auxiliar de Enrique de Labrit, pretendiente al trono de Navarra que su padre había perdido, se sostenía con ardimiento burlando las esperanzas del fogoso é imprudente caudillo, el cual había presumido expugnarla con sólo dejarse ver ostentando los laureles ganados en Pamplona. Derrotados en Castilla los Comuneros, con cuya victoria contaba Asparrot con demasiada ligereza, el ejército vencedor de Carlos V marchó al punto á defender á Logroño: vió el francés que iba á habérselas con catorce ó quince mil castellanos aguerridos, y repasó el Ebro, y á marchas forzadas retrocedió hasta Noain. El Emperador, reconocido á la lealtad con que los de Logroño habían resistido la acometida de Andrés de Foix, mandó añadir tres flores de lis á su escudo de armas.

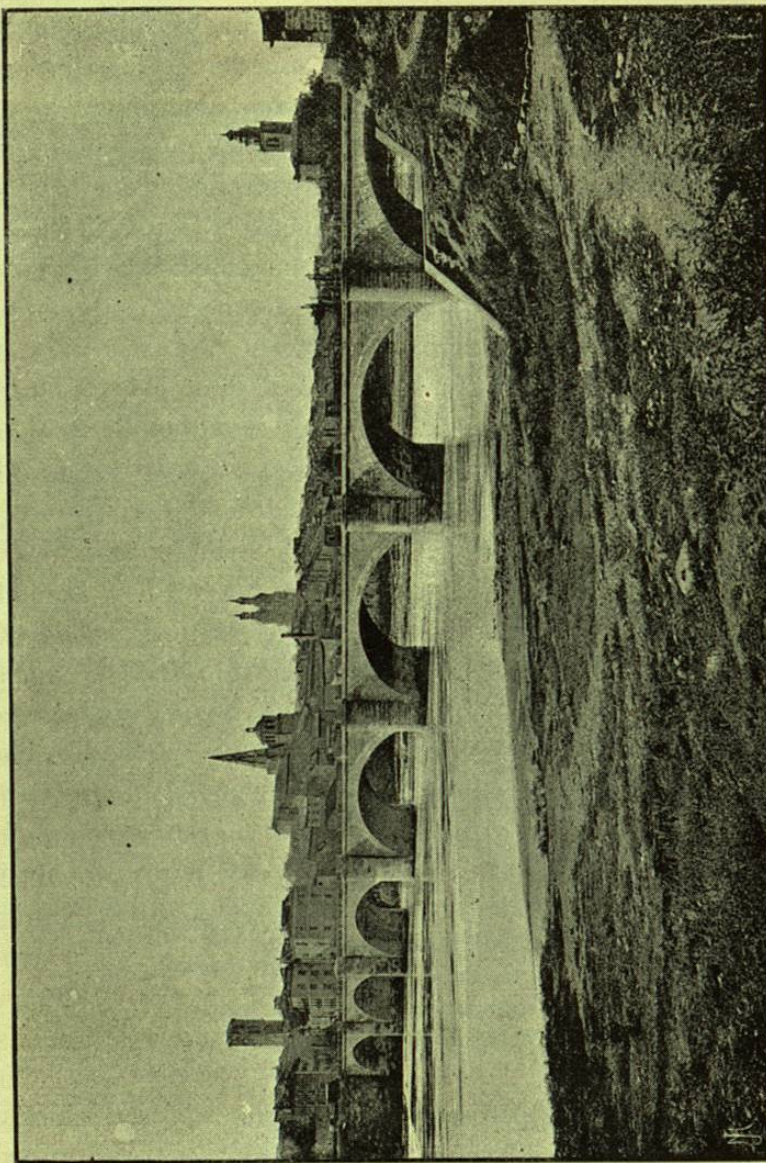
En el año 1572 se trasladó á Logroño el Tribunal de la Inquisición que se titulaba de Navarra y que había estado hasta entonces en Calahorra. Ocupaba fuera de la ciudad un magnífico edificio, que fué destruído durante la guerra de la Independencia. Mientras esta guerra duró, estuvo constantemente guar-

recida Logroño por tropa francesa, fortificada en varios edificios para poder repeler las acometidas de nuestras divisiones expedicionarias y de las partidas de patriotas voluntarios que recorran el país en todas direcciones. Destruyeron estas guerrillas patrióticas el convento del Carmen, y como mal dirigidas, solían causar no pocos daños de todo punto innecesarios. Logroño tuvo la desgracia de no haber en ella quien desde el principio de la guerra organizase la resistencia, así que en cuanto se levantó el paisanaje contra los franceses invasores, el general Verdier con dos batallones restableció el orden, hizo duros escarmientos, y se retiró á Vitoria sin ser molestado. Cuando tuvo general que en ella mandase, fué todavía más desgraciada su suerte: así le sucedió con D. Juan de Pignatelli. Llegó el día en que el mariscal Ney, repeliendo los puestos avanzados de las tropas de Castilla, se situó en las alturas del Cerro de Cantabria, al norte de la ciudad y al otro lado del Ebro: fué esto el día 25 de Octubre de 1808: el general Castaños, que se encontraba en Logroño accidentalmente, mandó á Pignatelli que mantuviese el punto, á no ser que el enemigo cruzando el río se adelantase por la derecha, en cuyo caso debería situarse en la sierra de Cameros sobre Nalda. Ordenó asimismo que el batallón ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas que ocupaba. Mas fueron inútiles sus prevenciones: en cuanto Castaños regresó á Calahorra, evacuó Pignatelli á Logroño con tal precipitación y desorden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pie de la sierra de Nalda sus cañones y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se había apoderado de sus ánimos era tanto menos fundado, cuanto que 1500 hombres al mando de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio mismo en que quedaron abandonados, y adonde no había penetrado el enemigo. Desde el referido año 1808 permanecieron los franceses en Logroño hasta que en Junio de 1813 la abandonó el general Clausel seguido de la

público subía la escalera del vestíbulo para ver representar comedias de Calderón ó de Moreto, por la misma escalera bajaban del hospital algún cadáver, y en la capilla se oía entonar el *De profundis* por el alma de aquel difunto.—Junto al hospital está la plaza que lleva el nombre de *Coso*. Bajando, y alejándose del río, está el convento de *Carmelitas*, que empareja con el enorme caserón del *cuartel de caballería*; más abajo la *Glorieta*, pálido remedo de la de Valencia, junto á la cual descuella el *instituto* de 2.^a enseñanza; y ya en la banda del mediodía, una hermosa casa de campo particular, y el alegre *paseo del Principe de Vergara*, imitación de la *Florida* de Vitoria. La *Plaza de Toros*, más indispensable hoy en todas las poblaciones de España de alguna importancia, que antiguamente los Pósitos y los Humilladeros, se halla situada en el ángulo sudeste, á la derecha de la carretera de Zaragoza (1).

Los únicos monumentos de Logroño que pueden hoy ofrecer interés al amante de las artes, son la Colegiata, llamada vulgarmente la *Redonda*, *Santa María del Palacio*, *San Bartolomé* y *Santiago*: hasta hace pocos años, se visitaba también como resto venerable de la antigua villa su vetusto puente, obra interesante y mixta de los siglos XII y XIII, y teatro de aquellas terribles luchas en que se ponían de relieve, según queda referido, ya la perfidia de un D. Pedro Manrique, ya el heroico denuedo de un Rui Díaz Gaona. Este puente era justamente célebre: lo edificó á mediados del siglo XII el gran arquitecto castellano de aquellos tiempos, San Juan de Ortega, que movido de su ardiente caridad, compadecido de ver cuántos peregrinos perecían por falta de medios de comunicación entre unas y otras comarcas, se consagró á mejorar las vías públicas, construyendo juntamente con su maestro Santo Domingo de la Calzada, muchos puentes y caminos, empleando en ellos á veces sus propias

(1) Debemos un hermoso plano de la ciudad de Logroño á la bondad del distinguido arquitecto provincial D. Francisco de Luís y Tomás.



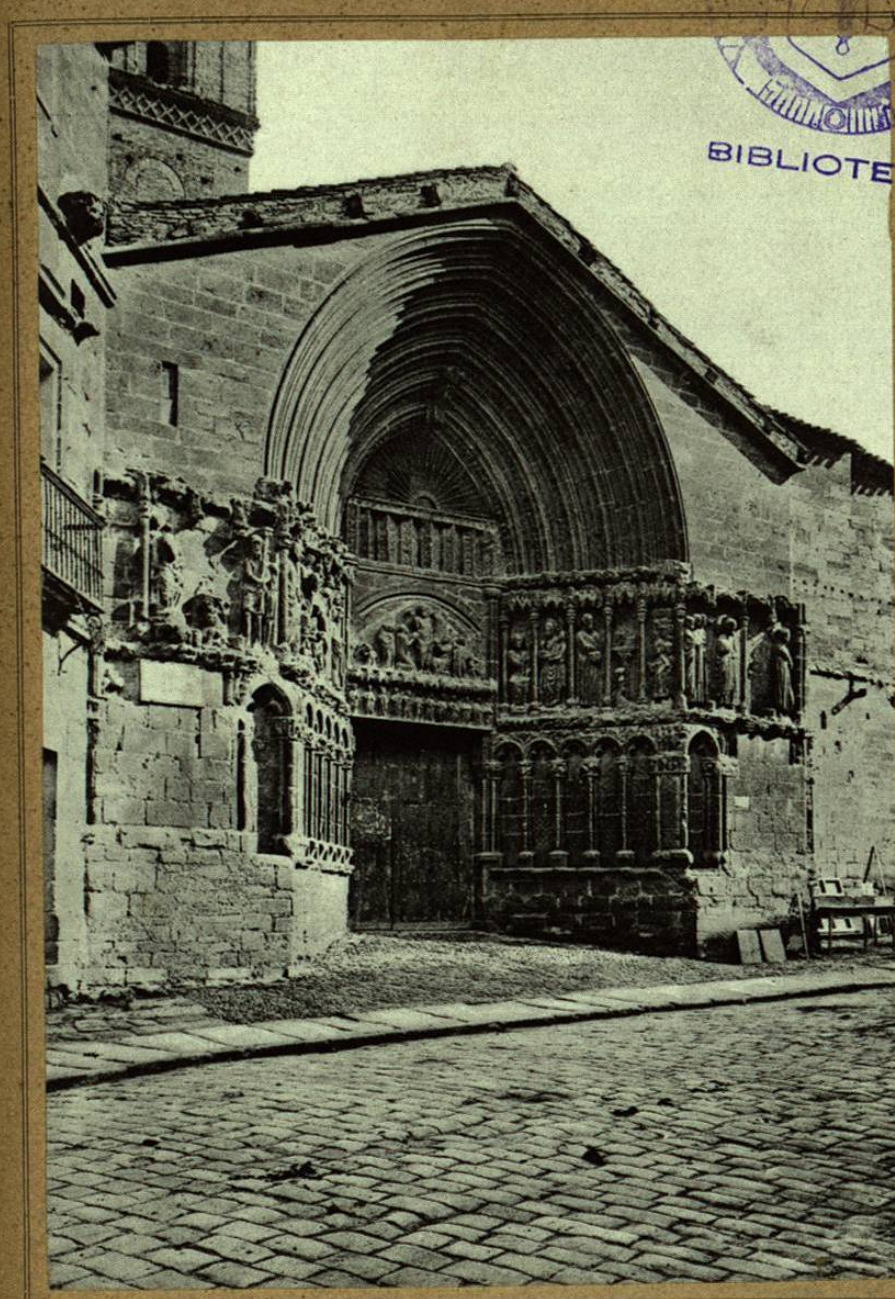
LOGROÑO—VISTA GENERAL

manos. Eran obras suyas este puente de Logroño y el de Nájera, y los lucronenses lo recordaban perfectamente hasta hace poco, porque todavía en 1829 concurría el pueblo todos los años procesionalmente á dar gracias al Todopoderoso por el beneficio que el santo arquitecto les había hecho, cuya efigie se veneraba en un insigne humilladero inmediato al puente mismo (1). Cayó al agua demolido, con las galanas torrecillas que sobre su parapeto descollaban, para dejar el puesto á una construcción fría y vulgar, sin el menor carácter arquitectónico. Si te le doy fotografiado, no es para que te extasies contemplando la uniforme construcción de sus arcos y de sus pilas, sino para que sirva de primer término á la vista general de la ciudad, porque ésta desde la orilla izquierda del río presenta un hermoso aspecto. La alta torre cuadrada que ves á tu izquierda es la de la iglesia de *San Bartolomé*; la que sigue hacia la derecha, acompañada de un altísimo chapitel piramidal, es la de *Santa María del Palacio*; siguen luego, erguidas sobre el centro de la población, las dos torres gemelas de *Nuestra Señora de la Redonda*, y álzase por último sobre la extremidad de la derecha la mole de la iglesia de *Santiago* con su torre de varios cuerpos, pregonando desde lejos su hechura relativamente moderna. Esas torres son célebres en nuestro Parnaso español: Lope cantó de ellas y de la hermosa ciudad que embellecen, señalándolas desde la falda del Cerro de Cantabria, en este fogoso apóstrofe:

Esa ciudad que superior preside
á estas amenidades,
y con sus torres las estrellas mide,
gloria de España, honor de las ciudades:

y aludiendo á los despojos del ejército francés de Andrés de Foix derrotado por los habitantes de Logroño en 1521, trofeos

(1) *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España, etc.*; t. 1, pág. 28.



San Bartolomé

que sin duda alguna acarició el viento en esas altas torres, proseguía:

mira los chapiteles retocados
de celestes reflejos,
que móviles, impiden ser mirados,
siendo, si damos crédito á los ojos,
del campo soles, y del sol espejos.
Allí los broncees rojos
gravemente oprimidos con blasones
de vencidos franceses,
dan fe de los paternos corazones,
abollados los cóncavos arneses,
y las huecas celadas
sin resplandor, sin filo las espadas.

Los templos de Logroño son todos de muy distinta fisonomía exterior: la Colegiata de *la Redonda* es una gran mole de estructura borrominesca; *Santa María la imperial del Palacio* es en su fachada de la más insignificante arquitectura, pero la soberbia aguja que sobre ella se levanta nos habla de una gran construcción del siglo XIII torpemente modernizada; *San Bartolomé* nos revela una gallarda composición ojival del mejor tiempo, retocada en el siglo XV; y *Santiago* nos muestra una insípida máquina barroca sirviendo de disfraz á una construcción de estilo ojival decadente.

No te describo la forma de las dos soberbias torres de *Santa María la Redonda*: hago otra cosa mejor, que es dártelas fotografiadas; pero sí te enumeraré las partes de que se compone el rico frontispicio encerrado entre ellas, porque la diminuta escala de este trasunto no te permite divisarlas bien, y además te roba la vista de su parte inferior la hojarasca de los árboles de la plaza que se interpone entre el edificio y la visual del fotógrafo. Este frontispicio en su composición es en cierto modo semejante al de San Gregorio Ostiense que hemos visitado en Navarra (1).

(1) Cap. XXVIII, p. 177 y 178.